



PRÓLOGO

NADA más propio del artista y del poeta que requerir la originalidad; nada más impropio del historiador y del político. Sugestiones y hechuras de genial inspiración, las obras artísticas y poéticas ostentan el sello indeleble de una sola personalidad, la cual surge sin predecesores casi del suelo al Olimpo, y está condenada por su nativa grandeza en el tiempo á no tener herederos, conforme ha sucedido con Shakespeare y con Cervantes. Pero, ajenas á la voluntad individual y á nuestro íntimo albedrío las humanas sociedades, y su forma el Estado, parecen como una obra secular de las estudiadas por el geólogo en los espacios terrestres; y más ajenas aún las edades que se han sucedido en el transcurso de los tiempos, el estadista y sobre todo el historiador, deben atenerse á la realidad objetiva y no á la subjetiva creencia ó idea. Sin embargo, fenómeno frecuentísimo en historia y en política la sustitución del pensamiento

individual á las grandes objetividades, que han surgido en el tiempo y en el espacio, tan fuera y tan lejos y tan aparte de nuestra voluntad y de nuestro pensamiento, como el suelo en que nacemos ó el aire que respiramos. ¡Cuántas veces un historiador se pone á disertar sobre lo que hubiere pasado en el mundo á no morir de muerte violentísima César, dadas las maravillas de sus proyectos, y sobre la inoportunidad con que llegaron al Imperio romano las tribus del Norte, cuando aceptara el cristianismo en Bizancio Constantino y rehiciera la cultura helénica el poeta y filósofo alejandrino con diadema que se llamó Juliano! La intuición puede llenar con las urdimbres relucientes y multicolores de sus ensueños y fantasías el mundo real; pero la observación y la experiencia, predominantes en los estudios históricos y sociales, deben atenerse á la verdad. Por no verla en sí, hay algunos historiadores hispanos que inscriben muy graves entre las desgracias patrias el descubrimiento de América, juzgándolo agotador de nuestra raza, como hay algunos escritores americanos que maldicen muy serios la llegada de nuestra nación allí, especie de serpiente metida en el edén primitivo sin mancha, donde vivían inocentes y tranquilos, en casta desnudez y perdurable ociosidad, sus padres sin pecado. Yo seré un poco á lo Bossuet en mis miramientos con la Providencia de Dios ó en mucho á lo Hegel en mis convicciones de que la idea humana, el conjunto de ideas humanas, constitutivo de la civilización terrestre, se determina en series lógicas por medio de un movimiento dialéctico interno, ajeno en absoluto á nuestra voluntad

individual, y tan encadenado en sus nexos invisibles, que no puede ni quitarse, ni añadirse un hecho capital, producto del tiempo eterno, cuya virtud, así como transforma esas masas ígneas á que llaman soles en habitables tierras, concreta los hechos más singulares en sistema con otros inacabables hechos, consiguientes al primero, su generador, los cuales llegan á formar en las líneas del espacio y en las horas del tiempo una edad histórica de incontestada evidencia. Nosotros no pudimos menos que descubrir América; y América no pudo menos que ser descubierta por nosotros en el plan providencial ó lógico de la humana historia. ¿Cuál civilización, cuál de las conocidas, una vez al cenit llegada, dejó de tener la expansión que tuvo la cultura española en el siglo décimoquinto? Los arios nacidos sobre la meseta central del Asia, llegaron á impulsos del movimiento expansivo, de un lado, hasta la desembocadura del Ganges, y de otro lado, hasta la desembocadura del Eufrates; los egipcios ascendieron desde las bocas del Nilo á las arenas de Libia y Etiopía; los caldeos entraron en la Bactriana por Oriente, la Bactriana, techo del mundo, y en Jerusalén por Occidente, Jerusalén, santuario de la metafísica religiosa; en cuanto Tiro tuvo los cedros del bíblico Líbano flotando en el Mediterráneo bajo sus pies y en sus manos la letra del revelador alfabeto, abordó á Cartago y á Gades, señoreó la costa meridional del Mediterráneo y circunvaló el África; la civilización helénica no podía quedarse á la sombra del armonioso Parthenón, oyendo el dúo compuesto por el Cefiso y el Alfeo bajo su bóveda de laureles, tuvo que

volver al Asia de donde había venido, y que llegar en sus expansiones á Cachemira por los bosques indios, y á las Pirámides por el desierto africano; la civilización latina concibió la idea universal del derecho civil, no para ella misma, para el mundo entero, y así necesitó conquistarlo primero y esclarecerlo después; la civilización católica no se redujo á Europa, en cuanto rebasara su infancia, como no podía la civilización mongola por su parte, así que constituyó su Estado reducirse á Tartaria, y por ello, mientras los turcos bajaban en su erupción al Bósforo, subían los cristianos en sus cruzadas á Siria; como la cultura española, tan espléndida, no podía quedar encerrada entre los Pirineos y la desembocadura del Tajo y del Estrecho; necesitó extenderse, y para extenderse, mientras Portugal encontraba las perdidas Indias, nosotros evocábamos entre los dos Océanos América, en la hora providencial en que la conciencia se renovaba por la revolución religiosa, el pensamiento se redimía y se multiplicaba por medio de la prensa, y el Arte revivía y la historia se completaba en el Renacimiento. Ministros de Dios y servidores de la humanidad fueron, pues, los marinos hispanos que hallaron el Nuevo Mundo en la soledad de los mares.

Para ver cómo las fuerzas naturales y las fuerzas humanas concurren á estas grandes obras históricas, no hay sino estudiar la repetición de los mismos hechos en tiempos entre sí apartados y en pueblos entre sí diferentes. El curso de la civilización se relaciona con el curso de las aguas. En las riberas, como los faros, los ideales. El cur-

so de los ríos coincide con el movimiento de las almas. Los brahmanes del Indo, los magos del Tigris, los profetas del Jordán, los sacerdotes del Nilo, los filósofos del Pireo nos dicen cómo las civilizaciones se dilatan por costas y riberas. Puede asegurarse que la civilización ha sido primero fluvial, después mediterránea, y por último, interoceánica. La tierra por Dios á este fin apercebida; la que debía transformar en interoceánica la civilización encerrada desde los tiempos fenicios hasta el siglo decimoquinto en el Mediterráneo; era la península que tiene sobre las costas mediterráneas, Barcelona y Valencia, y Cartagena y Málaga, como sobre las costas oceánicas Lisboa, y Huelva y Cádiz, y hasta cierto punto Sevilla. Tal como estaba el descubrimiento de América en la serie natural de los hechos históricos, no hay más que saludarlo con toda la efusión de nuestras almas sin volver los ojos á tesis tan baldía como la incomprensible tesis de si hubiese sido mejor no descubrirla ni civilizarla por medio de aquel nuestro singular y titánico esfuerzo, el cual parecía movido por los egoismos de raza y resultó en procomún de la civilización universal. Aunque América no hubiese otra cosa hecho que renovar la vida, bienaventurada su presencia entre los viejos continentes y su arribo providencial á la común cultura cristiana. Bendito, mil veces bendito el Nuevo Mundo. La mezcla de su vida con la vida europea trajo alimentos, al pobre tan indispensables, como el maíz y como la patata. El número de medicinas con que robusteciera nuestra compleción y ahuyentara tantas enfermedades terribles como nos asal-

tan, algún día, cuando entre la historia más en el acervo común de los conocimientos populares, quedará escrito con recuerdos indelebles por la gratitud universal. Basta recordar que le debemos la quina, basta para entender cuántas enfermedades terribles han conjurado y qué filtro de salud ha difundido en las humanas venas. Aquel inmenso continente, desde uno á otro polo extendido; por manera tan feliz angostado en el istmo que une como sortija preciosa los dos hemisferios; revelador del cielo austral con sus astros nuevos y constelaciones multiformes; cortado por venas de agua tranquila y mansa tan idóneas para facilitar las comunicaciones; con el Pacífico á un lado y á otro el Atlántico, maravillosos ambos; por un collar de islas unido á Europa y por otro collar de islas unido al Asia; con pampas donde hay espacio y alimento para innumerables generaciones; con ríos que creeríais mediterráneos y cuyos desagües endulzan las marinas sales, con cordilleras donde brillan los ventisqueros y los volcanes reunidos en alturas tan enormes, que parecen estrellas de diversos colores y aspectos; con bosques henchidos de tal savia, que llegan por sus excesos á producir como una combustión de vida, y con vetas tan abundantes de metales ricos y con criaderos tan copiosos de pedrería inapreciable; con tal número de aromas y especias, que las tomaríais por jugo de una sangre nueva, y con tal corte de costas, bahías y puertos, que convidan al comercio, al cambio; no solamente centuplicó las fuerzas materiales del hombre allegándole con prodigalidad el tributo de sus producciones, rejuveneció el planeta en general y

particularmente nuestro humano sér anegándolo en éter inmaculado y nuevo. Como la revolución religiosa renovó la conciencia; como la Pascua del Renacimiento renovó las artes; América renovó la Naturaleza. Y, tanto como la Naturaleza, renovó la sociedad. Los cambios del comercio nuevo excedieron á los productos del suelo antiguo. Concluyó la guerra por la guerra, signo de los tiempos feudales; y empezó la guerra y la conquista por el provecho material, un relativo bien. A los afanes por el combate sucedieron los afanes por la navegación. Los cruzados se trocaron en exploradores. Recibió un terrible sacudimiento la propiedad feudal con aquella competencia de campos jóvenes entregados al trabajo y á la colonización. Ninguna casta posible allí como en Asia; ninguna teocracia como en África; ninguna monarquía como en Europa. La religión misma, llegada en el período crítico de sus renovaciones completas, no podrá pasar allí por las fases que tuvo aquí en la Edad Media. Esta falta de las sobreposiciones históricas, tan gravosas con su gran pesadumbre sobre las tierras del viejo continente, imposibilitaba el privilegio y favorecía la libertad, como la falta de cultivo en las tierras vírgenes prepara y apercibe á toda clase de plantaciones y siembras el campo henchido por intenso vegetal jugo. No podían los privilegios allí brotar de las raíces del tiempo histórico y de la vieja tradición como entre nosotros. Semejábase aquel espacio americano á encerado inmenso, permitiendo escribir en él todas las fórmulas algebraicas de los problemas sociales como lo demuestra la sociedad republicana establecida

por los Puritanos en la Pensylvania ó la sociedad comunista organizada por los jesuítas en el Paraguay. Tierra de la navegación, del cambio, del comercio, de las exploraciones, de los descubrimientos, de las cruzadas mercantiles, puesta en sus comienzos y principios so el amparo de la tutela europea, debía concluir por ser más tarde, allá en la madurez de su desarrollo, tierra de progreso, de libertad, de democracia, de república, de todos los nuevos ideales, más realizables en aquella Naturaleza sin escombros y en aquella sociedad sin recuerdos, que aquí en esta Naturaleza tan trabajada donde llevamos dentro de nosotros mismos, en nuestro espíritu, como dentro de un cementerio inmenso, tantos y tantos muertos. No debe, pues, haber más que una voz en el mundo europeo para bendecir el descubrimiento de América y el pueblo descubridor.

Pero cosa más fácil convencer á los españoles y demás europeos de cuánto bien hicieron en descubrir América que convencer á los americanos de cuánto bien les reportara el ser descubiertos. Los que habitan el territorio, antes hollado por las tribus primitivas indias, lloran su edén perdido, como nuestros padres echados del Paraíso; y los que habitan el espacio consagrado por dos tan aventajadas civilizaciones como la inca y azteca, lloran unos Imperios, en su concepto y sentir, sabios al modo de los consultados y encarecidos por Pitágoras y por Platón. En vano la ponderada ciencia moderna, tan admiradora de sus colosales edificios, pone ante sus ojos el término que representaron en el desarrollo de la humanidad sus Im-

perios, un término á lo sumo análogo con los Imperios caldeo y asirio: creen á puño cerrado en la virtud intrínseca de aquellas religiones, y juran por el adelanto enorme de aquellas sociedades, convencidísimos de que interrumpiéramos una vida, la cual, abandonada en el aislamiento y en el silencio á sí misma, hubiera concluído por alcanzar desarrollo, á cuyo término se producen como frutos naturales cerebros superiores al de Servet ó Calderón, y metafísica y moral tan perfectas como la moral y la metafísica del Cristianismo. En vano, para mostrarles cuál suerte hubieran corrido en su abandono y en su silencio, les mostró la Historia filosófica un Imperio no perturbado por los descubrimientos ó por los descubridores europeos, como el Imperio chino; jamás quieren á la evidencia rendirse y siempre hablan de aquellos postizos abuelos que se han decretado así en lengua castellana y bajo apellidos tan aztecas como García ó como Ramírez. Sí; la China consiguió una civilización en el Viejo Mundo superior á la civilización prehispánica en el Nuevo, pues una especie de moral sin metafísica, bien semejante á la predicada por el positivismo á la moda, señoreó allí las conciencias; un colegio de bibliotecarios y escritores como en parte alguna se ha visto ningún otro igual, guardó integérrimo el saber, legado de unos siglos á otros siglos; un culto á los progenitores muertos, convertido en religión doméstica, hizo del hogar templo y de la paternidad sacerdocio; un régimen industrial, como el soñado por la sociología contemporánea, señaló con medida el trabajo y lo distribuyó con provecho; unas faenas